



Vol. 16 No. 3

Septiembre de 2013

EL SUJETO DE LA INVESTIGACIÓN Y EL PSICOANÁLISIS

Fernando Herrera Salas¹

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Estudios Superiores Iztacala

RESUMEN

La serie de desplazamientos en el estatuto del sujeto que ha acarreado la “mundialización”, la competitividad y competencia empresarial sin tregua, el consumismo como forma de goce incontrolable, ha motivado importantes lecturas desde distintos espacios del saber. Parece una tarea ineludible para quienes desde el psicoanálisis o incluso desde otras aproximaciones, requerimos determinar la condición del “particular de base” en un ámbito clínico o educativo, poder asomarnos a esos campos así deslindados o resignificados, de modo que nuestra intervención no reproduzca tentativas de trascendencia o formas de nihilismo, así como la inscripción ya de un pesimismo u optimismo sin un fundamento claro. Con tal propósito interrogarnos acerca de nuestra condición supondrá un esbozo del posicionamiento actual del sujeto en lo político como campo dentro del cual se juega su identidad y sentido de pertenencia a un algo como una “agrupación” en el espacio público, la consideración del ámbito de la familia bajo la emergencia de nuevos “miedos” que se convierten en lo instituyente de un límite para lo posible y lo permitido a sus integrantes derivando en una sacralización de lo privado a modo de una “trascendencia horizontal” y, finalmente, la consideración del proceso de instalación de un tipo de “paridad subjetiva” que vendría a quitar especificidad a los lugares de cada uno sin diferencias entonces entre padres e hijos, que serían iguales; asistiéndose entonces a una borradura del padre como figura límite que instaura la posibilidad del deseo

¹ Profesor Asociado T.C. del Área de Metodología de la Investigación de la Carrera de Psicología F.E.S. Iztacala UNAM. Adscrito al Proyecto Multidisciplinario de Investigación en Psicoanálisis. Correo Electrónico: fherrerass@campus.iztacala.unam.mx

en el sujeto por la vía de su inscripción en lo simbólico poniendo un dique al goce. La búsqueda, como condición de la investigación en el campo psicoanalítico, de una respuesta actualizada para esclarecer el estatuto del sujeto desde distintos escenarios discursivos, resulta una constante ya desde la propia tradición freudiana y sin duda para la praxis lacaniana, aquí se pretende continuar con esa tarea y en la medida de lo posible promover dicha búsqueda en ese ámbito inagotable que preferimos describir al modo foucaultiano como: modos de subjetivación.

Palabras clave: contemporaneidad, psicoanálisis, desubjetivación, público, privado.

THE SUBJECT OF RESEARCH AND PSYCHOANALYSIS

ABSTRACT

The series of displacements in the status of the subject who has brought the "globalization", the competitiveness and relentlessly business competition, the consumerism as forms of uncontrollable joy it has inspired important readings from the different areas of knowledge. It seems an unavoidable task for those from psychoanalysis or even from other kind of approaches, we require establish the condition of the "particular of basis" in a clinical o educative scope, we could approach to those fields demarcated or resignified, in a way that our intervention do not reproduce transcendence attempts or nihilism forms, as well as the inscription of a pessimism or optimism without a clear statement. With that purpose of questioning about of our condition it will outline the current position of the subject in the political as the field within which their identity plays and a sense of belonging to something as a "cluster" in the public field, considering the family scope under the emergence of new "fears which turn into the instituting of a limit to the possible and allowed to their members leading to a sacralization of the private in a way that a "horizontal transcendence" and finally, the consideration of the installation of kind of process "parity subjective" that it would come to remove the specific to each one of the places: without not settle difference between parents and sons that they will equal; taking to a erasure of the father as a limited figure which introduces the possibility of desire in the subject through the way of the symbolic inscription adding a dike of enjoyment. The searching as inquiry condition in the psychoanalytic field of an updated response to clarify the status of the subject from different discursive scenarios, therefore it results a constant from its own Freudian tradition and certainly for a lacanian praxis, here we pretend to continue with the task as far as possible to promote this kind of search in such an inexhaustible area that we prefer to describe as a foucaultiano like: subjection modes.

Key words: modernity, psychoanalysis, desubjectivation, public, private.

Este trabajo se alinea en la pretensión de una lectura de nuestra contemporaneidad, particularmente de la determinación de las coordenadas en las que se sitúa la subjetividad y las actuales formas de subjetivación ante la amenaza, en algunas regiones del orbe, de una virtual “desubjetivación” (Bleichmar, 2007), entendida esta última como la pérdida de un horizonte de futuro, la desarticulación del lazo social dada la borradura del otro de la solidaridad y, peculiarmente, de un juego con la temporalidad que supone considerar la inmediatez de la apetencia en el vivir día a día bajo la imposible inscripción del deseo en su sentido estructurante. Esto no deja de tener un inquietante interés tanto teórico como específicamente clínico y educacional en la medida en que, ese que dábamos por sentado casi a modo de *subjectum*², el *sujeto deseante*, encuentra condiciones que lo mueven ya sea a la pasivización, la indolencia, la anomia social, la apatía, o bien se producen contextos para su “domesticación” y “neutralidad” o, lo que puede parecer más descriptivamente clínico: hacer de su deseo una mera apetencia consumista como nueva “figura del goce”, la desatadura social y la “multifrenia”.

Para dar una respuesta tentativa a esta difícil cuestión, podemos considerar la manera en que otros se han interrogado al respecto desde los diferentes campos de las llamadas ciencias humanas. Se trata de una investigación del acontecer que se acerca simultáneamente a la filosofía, la historia, la ciencia política, la antropología, pero que no deja de interrogar sus consecuencias más inmediatas para la práctica psicoanalítica, es decir, en su básica indagación sobre

² La tarea como tal, es decir la reflexión en torno al sujeto, se inscribe actualmente en un marco muy amplio que daría lugar a todo un programa, y que García Ruíz (2007), en su “*Humanismo y subjetividad. Heidegger y desfondamiento ontológico de la ética*”, sitúa de una manera muy interesante: “Uno de los errores básicos de esta interpretación de las filosofías del sujeto y de su historia es negar los distintos rostros del sujeto, no abarcables bajo un único concepto. Las diversas expresiones de la subjetividad a través de la historia pueden ser recuperadas en el marco explicativo de una renovada teoría del sujeto que intentaría establecer las bases de un nuevo humanismo”. En ese terreno, aclara finalmente, la pregunta por la subjetividad se inscribe paralelamente a la pregunta por lo ético y lo público como ámbitos del “reencuentro o la interlocución con el otro”.

el sujeto. Con tal propósito, interrogarnos acerca de nuestra condición implicará un esbozo del posicionamiento actual del sujeto en lo político como campo dentro del cual se juega su identidad y sentido de pertenencia a un algo como una “agrupación” en el espacio público, la consideración del ámbito de la familia bajo la emergencia de nuevos “miedos” que se convierten en lo instituyente de un límite para lo posible y lo permitido a sus integrantes derivando en una sacralización de lo privado y, finalmente, la consideración del proceso de instalación de un tipo de “paridad subjetiva” que vendría a desespecificar los lugares de cada uno sin diferencias entonces entre padres e hijos, que serían iguales; asistiéndose entonces a una borradura del padre como figura límite que instaaura la posibilidad del deseo en el sujeto por la vía de su inscripción en lo simbólico poniendo un dique al goce.

Estos cortes como tales pueden parecer artificiales en la medida en que los tres ámbitos no suponen fenómenos o condiciones que se produzcan por separado o realidades cuya determinación conceptual resulte una mera ocurrencia según la disciplina desde donde se aproxime uno metódicamente; pero curiosamente tampoco podemos hablar de un determinismo desde un nivel al otro o que uno se pueda subsumir en otro, es decir, de modo que las consideraciones efectuadas en uno de ellos automáticamente resuelvan los problemas que se dejan entrever desde el otro; de ese modo notaremos que, incluso las propuestas de acción o de solución de la problemática que nos aqueja, pueden resultar demasiado optimistas o incluso infundadas dadas las determinaciones que se producen en otro nivel.

En una interesante aproximación al problema encontramos la propuesta de Morales (2010), quien bajo la pregunta *¿Hacia dónde vamos?*, efectúa un examen de nuestra condición actual. La pregunta como tal no deja de parecer metodológicamente espinosa luego de que hemos declinado nuestra confianza en el progreso proclamada por la modernidad, y luego también de que, hace ya algún tiempo, los posmodernos proclamaran el fin de la historia, entendida como la bancarrota de los grandes relatos que establecieran la creencia en un fin o propósito de nuestro devenir histórico. Desde la lectura de Morales (2010), existe

una condición peculiar que determina nuestra existencia actual como un “vivir juntos” y un rasgo que la tipifica, pues este vivir juntos se encuentra “atravesado por la violencia”. La violencia cobra distintas caras y su inscripción se torna insoportablemente impredecible por lo paradójicamente constante: “un sin tiempo de guerras regionales, terrorismo, criminalidad organizada que siembra de cadáveres las rutas del dinero, inseguridad en las calles del desastre, secuestros, homicidios, asaltos con violencia”.

Este escenario lleva a resignificar el estatuto mismo de lo público, lugar desde el cual y siguiendo entre otros a Derrida en sus *“Políticas de la amistad”*, Morales (2010), hace una exposición de la antropología schmittiana del *hombre malo*. Desde la reflexión de Schmitt “la violencia individual o colectiva tiene una dimensión existencial”, lo cual trae consigo tres implicaciones inmediatas para el análisis: a) conduce a considerar que “el peligro es fuente de politicidad”; b) produce un efecto metodológico a modo de “un alejamiento de la moral y la confrontación fatal con la mera existencia”; y c) da apertura a todo un campo de reflexión en la medida en que “... permite imaginar una nueva forma de pensar lo político al plantear que el rasgo que lo distingue es la relación amigo-enemigo, sin límite asignable, sin tierra segura y tranquilizadora” (Delgado, 2013).

De inmediato nos preguntaríamos por la pertinencia y actualidad de la propuesta schmittiana y la respuesta es inequívoca al poner en movimiento su forma de pensar lo político, pues en la medida en que nos asomamos a ella no cesa de esclarecernos la dificultad que encuentra el sujeto para: “... ubicarse en un mundo que ya no puede mantenerse unido, que se disloca, que ya no se cierra y que está más cercano a la incertidumbre, al caos y a la contingencia. Un mundo al cual se pertenece sin pertenecerle” (Delgado, 2013).

Podemos bosquejar brevemente el proceder de la propuesta schmittina para enfatizar luego las consecuencias que ello acarrea para el posicionamiento del sujeto. Lo primero en la indagación de Schmitt es la tentativa de situar lo político bajo criterios propios que actúen de manera específica frente a diversas áreas concretas de la acción humana, que refieren lo moral, estético y económico. Esta forma de proceder lo lleva a requerir para lo político una “distinción de fondo” a la

cual se pueda remitir todo actuar político bajo un sentido específico. Para avanzar hacia esta distinción Schmitt sitúa las categorías que operan en otros campos de la acción y el pensamiento humanos: “admitamos que en el plano moral las distinciones de fondo sean bueno y malo; en el estético, belleza y fealdad; en el económico, útil y dañino o bien rentable y no rentable”. Adicionalmente, la búsqueda de estas categorías, desde la perspectiva de Delgado (2013), debe garantizar dos rasgos esenciales, de una parte estar construidas a modo de un *a priori* para el pensamiento y por tanto alejar lo político de toda impureza, por otra parte, determinar simultáneamente un criterio de decisión y un criterio de discriminación. El resultado al que se llega bajo este proceder es definitivo, donde la distinción específica, que produce las categorías en las que se pueden subsumir todas las acciones y motivos políticos, es la distinción *amigo-enemigo*.

Las consecuencias para el análisis de esta distinción en el campo de lo político pueden ser inventariadas como sigue:

1. Lo político ahora no está referido a un objeto, sino que lo sitúa como “... una relación de oposición que se caracteriza fundamentalmente, por la intensidad, por la hostilidad y por la posibilidad extrema de guerra” (Schmitt, 1999).

2. Al determinarse un concepto y no una instancia histórica específica, nos aclara Delgado, (2013), “Schmitt sumerge a lo político en el tiempo y en las circunstancias dándole vida. Rompe los esquemas de ubicación fijos, Abandona la totalidad racionalizadora en la que lo político estaba referido al monopolio del Estado, a un centro.

3. Lo político se convierte de ese modo en movimiento y por tanto describe un amplio espectro de lo analizable: “lo político sale y a su vez permanece en el espacio institucional de la política...” donde la potencia de esta distinción radica en que “reaparece constantemente en relaciones diferentes”.

Se puede sin duda extender el inventario, pero dado el espacio tendremos que apurar las consecuencias de esta distinción de lo político desde las categorías de amigo-enemigo para determinar su impacto en el posicionamiento del sujeto.

La dimensión identificadora y un sentido de pertenencia: desde ese lugar podemos considerar que estos dos amigo-enemigo forman un par categorial importante para la determinación de lo que Ricoeur (1996) denomina una *identidad ipse*, es decir la posibilidad de que el sujeto se pueda narrar a sí mismo situándose en términos de una historicidad propia, en la medida en que, como aclara Delgado (2013), el criterio amigo enemigo "... conlleva un sentido de afirmación de sí mismo (nosotros), frente al otro (ellos)". Se trata de una oposición que produce una "conciencia de la igualdad y de la otredad, la cual se define marcando al grupo entre los que se distinguen de los otros con base en ciertos referentes". Pero más allá también nos permite notar que la identidad reclama desde el inicio una otredad, el yo no se instituye sin la existencia o la insistencia de un otro que nos espejea, nos inquieta, nos impele, o nos reclama, desde ese lugar: "la diferencia *nosotros-ellos* establece un principio de oposición y complementariedad". El sujeto aquí corresponde a una determinación grupal como instancia identificatoria, donde "la percepción que un grupo desarrolla de sí mismo en relación con los otros es un elemento que al mismo tiempo que lo cohesiona, lo distingue", pero este vínculo ocurre no de manera espontanea o natural sino que implica el reconocimiento de un enemigo a partir de "...la identificación de un proyecto político que genera un sentimiento de pertenencia" (Delgado, 2013).

Pero además, la condición que estas categorías revela y posibilita, inscribe al sujeto en una temporalidad que no lo fija o determina de una vez y para siempre, dado el carácter mismo de las relaciones como tales mudables, es decir, "...ni la identificación con/del enemigo, ni el sentimiento de pertenencia, ni la misma posibilidad de la guerra que le dan vida a la relación amigo-enemigo son inmutables".

La ubicación del sujeto en coordenadas políticas y la aplicación de las categorías: para comprender la distinción amigo-enemigo se debe tener claro que en tanto que define la esencia de lo político, esta distinción no puede ser reducida a la enemistad pura y simple como escenario de las pasiones pues no se refiere al "adversario privado (*inimicus*)", pero tampoco el enemigo puede pensarse en

función de lo planteado por el liberalismo y el neoliberalismo, es decir, en términos de “cualquier competidor o adversario”. Para determinar la oposición o antagonismo amigo-enemigo –nos aclara Delgado, citando a Moufe (1999) –, se requiere establecer su carácter público (*hostis*): “enemigo es un conjunto de hombres que siquiera eventualmente, de acuerdo con una posibilidad real se opone combativamente a un conjunto análogo. Sólo es enemigo el enemigo público, pues todo cuanto hace referencia a un conjunto tal de personas, o en términos más precisos a un pueblo entero, adquiere *eo ipso* carácter público”.

La aplicación de las categorías conduce a “(...) mostrar el engaño constitutivo de la promesa neoliberal: democracia y mercado garantizarían a los individuos ‘la seguridad total de su gozo mundano de la vida’ (...)”. Se trata nos aclara Morales (2010), de “(...) la denuncia de la idolatría de la técnica y del mercado, de la religión que ‘vendría a disolver el concepto de enemigo’, ‘desnaturalizando’ ‘todas las ideas y representaciones de lo político’ (...)”. En ese contexto neoliberal que se acerca a la ficción –continúa la precisión schmittiana–, la naturaleza parece haber sido superada, amanece la época de la seguridad, cada cosa ha sido cuidada, una planeación inteligente reemplaza la Providencia (...)”

La condición humana desde la naturaleza de la lucha y el lugar de la pulsión: Resulta muy importante ubicar el nivel del análisis de lo político al que conduce la distinción amigo-enemigo, al respecto aclara Morales (2010), “Schmitt se aleja, por lo menos en sus presupuestos, de una concepción ‘natural’ del *polemos*. Se está en la implicación, perplejidad y complicación del eros y pulsión de muerte, explicaría Gilles Deleuze, no en lo natural sino en su exceso”. De una parte una fuerza que cohesiona y produce la filia entre los individuos, del otro el rasgo de la pulsión que “acicatea indomeñada” que introduce por diversos senderos la catástrofe. La actuación de este par introduce lo inesperado, haciendo imposible la relación azar y necesidad, precisa Morales (2010) “lo provisional frente a la naturaleza imperturbable, duda vacilación y astucia, pues nada está al alcance de la mano. No existen espectógrafos que señalen con claridad las franjas de los

colores del bien y del mal, y nadie puede predecir el resultado de la mezcla de corrupción y debilidad, cobardía y estupidez, salvajismo, instinto, irracionalidad, etc., con la que cada asociación llena su depósito de combustible”.

Un más allá de la moral y la resignificación de lo real del poder:

Para situar con precisión la problemática que deriva de la determinación de lo político, Schmitt nos deja ver el modo en que el liberalismo ha promovido su incontenible avance generando una neutralización y despolitización, condición ante la cual, nos precisa Morales (2010), se produce “... un punto ciego, desde el que sólo con una vestimenta ética se deja ‘entender’ el ‘dominio sobre los seres humanos que reposa sobre un fundamento económico’. El neoliberalismo lo hace aparecer como ámbito del hombre bueno que debe ser protegido del mal y el conflicto. De ese modo, la economía se sustrae ‘a toda responsabilidad y supervisión’, en tanto que la política se declara ‘violencia criminal que ha de ser reprimida”.

Convertido el Estado en un simple administrador de la producción, precisa el análisis schmittiano, emergen “agrupaciones de amigos” las cuales “creen en el mismo Dios, hablan la misma lengua, se entretienen con los mismos negocios y se han vuelto dueños de un ‘tremendo poder’ (...)”. Sin embargo y “pese a su enmascaramiento entre los flujos de capital y mercancías”, es posible notar que se habla de un destino político que hace patente el juego de una cadena significativa compuesta por “enemistad-salvación-verdad-justicia-ley”, de modo que aunque “...los poderosos se tiñen con maquillajes morales, en su ‘sentido más genérico’, en un ‘sentido existencial’, simplemente dejan ver su rictus de hombres duros”.

Del posicionamiento del sujeto en los juegos del poder: es importante en este punto subrayar la manera en que se rescribe la posición del sujeto, políticamente determinable a partir de la distinción amigo-enemigo, en la medida en que va a introducir de un lado, la definición de una serie de personajes y guiones para la actuación y, de otro lado, la posibilidad de establecer configuraciones históricas o juegos de fuerzas que describen la necesidad de resoluciones estratégicas y

decisiones a modo de puntos de inflexión. En este punto es pertinente recuperar la pregunta de Schmitt que delinea un primer itinerario formulada del modo siguiente:

“Lo que hay que preguntarse es a *que hombres* correspondería el tremendo poder vinculado a una civilización económica y técnica que comprendiese el conjunto de la Tierra. La pregunta no se puede desvirtuar con la esperanza de que para entonces todo ‘iría solo’, que las cosas ‘se administrarían a sí mismas’ y que ya no harían falta que unos hombres gobernasen a otros, ya que todos los hombres serían absolutamente ‘libres’. La pregunta es justamente ‘libres para qué’ (Morales, 2010, p. 18).

La pregunta introduce como tal un corte y formula las coordenadas de una posición del sujeto que se bifurca: “la partición separa a quienes ‘corresponde’ un ‘tremendo poder’ y a los absolutamente ‘libres’. Herencia de una discriminación notariada por la economía, que desplaza el centro de gravedad durante la fase actual de neutralización y despolitización, después de la teológica, la metafísica y la moral de los últimos cuatro siglos”. Es una libertad no conquistada pero que se hace aparecer como una especie de don dando soporte al poder.

Lo sospechoso de esta libertad otorgada con gratuidad, comienza en que nos ahorra prácticamente un tiempo, si seguimos en ello el imperativo formulado por Nietzsche “*no preguntes libre de qué, sino libre para qué*”, donde el primer tiempo describe una condición para la libertad negativa un liberarse de algo que oprime, coarta, obtura, limita, mientras que el segundo supone la posibilidad de una libertad positiva que resulta en una apertura, creación, autenticidad y novedad. La condición por la que Schmitt pregunta implica entonces una circunstancia para el sujeto no sólo no conquistada, sino que más allá, lo arroja a una forma de existir ni siquiera elegida y además definida y propiciada por un Otro, inscribiendo de esa forma al sujeto en el círculo infernal de la demanda de ese otro que lo determinó libre. Escenario entonces de una libertad sospechosa que neutraliza toda resistencia, que deslegitima todo cambio, que desautoriza toda rebelión, que hace reprobable toda inconformidad y desasosiego.

Otra interesante posición para el sujeto es aquella que se deriva de la justicia administrada por los vencedores, se trata de una configuración que describe la escena que enfrenta a “el vencido” ante los instrumentos de justicia en tanto que aparatos del aniquilamiento –situación vivenciada por el propio Schmitt en 1945 en Nurenberg donde el fiscal promovió su juicio y condena de muerte– es una condición en la cual “lo político se vacía en la justicia, desaparecen amigo y enemigo, todo no es más que poder e impotencia”. Se trata, nos aclara Morales (2010) del instante de lo trágico, en que la propia identidad tambalea ‘¿quién soy?’ ya que se asiste a “lo impensado” momento que narra el “desvanecimiento de la moral, porque nadie puede erigirse en portavoz del bien, ni nadie es tan malo como para encarnar al destructor”.

Para cerrar este apartado podemos mencionar otra condición que enfrenta el sujeto, esta vez sujeto a la protección del Estado moderno de base hobbesiana, desde donde emerge la pregunta “La protección a ¿qué precio? ¿Qué nivel de violencia legítima se requiere para someter a los que de distintas maneras se atreven a formular esta pregunta?...”; donde esta condición resulta tanto más actual cuando en México asistimos a la emergencia de agrupaciones de autodefensa comunitarias ante la aparente impotencia del Estado de garantizar seguridad frente al crimen organizado, pero cuya existencia y eficacia han alarmado al Estado tanto o más que la presencia de las propias organizaciones criminales. Desde ese lugar vemos que la relación entre “aquellos a quienes corresponde un tremendo poder y los absolutamente libres” se vuelve a tensar, convirtiéndola en una relación amenazante y donde el imperativo hobbesiano “(...) adquiere una intensidad cada vez mayor: sin protección y obediencia recíproca ningún orden es posible. ‘El *potergo ergo obligo* es el *cogito ergo sum* del Estado’ (...)”. Desde este mundo ordenado y en paz que el Estado moderno prometiera se puede apreciar esta configuración del poder que da apertura a una serie de interrogantes:

“Del lado de la obediencia asoma el riesgo de la servidumbre, aceptación implícita o explícita del hombre como simple medio y no como fin, en sentido inverso al

imperativo existencial kantiano. ¿Qué pide a cambio la garantía de protección? ¿Qué tanto ha de inclinarse el obediente? ¿Y si al hacer cuentas la inmunidad fuera inalcanzable? ¿Y si en sentido contrario, la obediencia no fuera sino el manto que cubre al paciente a punto de rebelarse contra el poder y la violencia impuesta? ‘Tremendo poder’ y ‘total privación de derechos’, estremecimientos telúricos que hacen tambalearse las edificaciones de la república” (Morales, 2010, pág.30).

Y lo que aparece como moraleja de esta relación “aquí la soberanía se estrella contra sus límites. En su torsión completa aparece, en una mitad, vendiendo la garantía del derecho a la vida y, en la otra, por su viraje inevitable, amenazándola”. Lo cual nos lleva a una conclusión interesante que Morales (2010) formula del modo siguiente: “la lógica hobbesiana y, sobre todo, la de Schmitt, presuponen los axiomas de dicho trastorno: protección, luego obediencia, y amenaza de aniquilamiento, entonces rebelión absoluta”.

Finalmente habrá que advertir que la distinción schmittiana no conduce a un análisis maniqueísta en donde los extremos sean inconciliables, la plasticidad de estas categorías *amigo-enemigo* es puesta en claro por Derrida (1998), cuando comenta: “Y el hermano se revela: mi enemigo, decía Schmitt. Mi propio enemigo. Conveniencia del enemigo. Del enemigo a su propia conveniencia. Hacía falta realmente que el enemigo estuviese ya allí, muy próximo. Debía esperar lo más cerca, en la familiaridad de mi propia familia, en mi casa, en el corazón de la semejanza y de la afinidad, dentro de la «conveniencia» parentesca, de la *oikeiotes* que debería albergar sólo al amigo. Era un compañero, un hermano, este enemigo, era como yo mismo, la figura de mi propia proyección pero una *ejemplaridad* más real y más resistente que la sombra de mí mismo (...)”.

Hemos oteado grosso modo las configuraciones en la esfera de lo público que aportan una comprensión del posicionamiento del sujeto en nuestra contemporaneidad guiados por las categorías deslindadas por Schmitt de *amigo-enemigo*, ahora podemos asomarnos a la manera en que el espacio de lo privado también se ha reconfigurado de modo que vemos emerger nuevas formas de “individuación” y de “individualización”, es decir, tanto del modo en que los sujetos

son humanizados en el ámbito familiar, como el modo en que ellos se perciben a sí mismos en términos de su independencia y autonomía; para lo cual seguiremos en su análisis a Luc Ferry (2008), en su texto "*Familia y amor*", y el cual él mismo establece como "un alegato a favor de la vida privada".

Para este autor lo que configura el panorama de nuestra contemporaneidad está expresado en tres procesos que requieren ser caracterizados: *deconstrucción*, *desposesión* y *sacralización*. Donde cada uno de estos procesos implica una cierta génesis y producen un efecto característico, algo que no puede dejar de constatarse a través de los distintos acontecimientos que nos salen al paso. En el primer caso, en lo relativo a la *deconstrucción* se ofrece una sintomatología: a) se advierte sobre la insistencia de que el siglo XX ha tenido una acción corrosiva pues "muchos de aquellos principios de sentido y de valor que constituían el marco tradicional de la vida humana han desaparecido", se trata de una "pérdida de referentes" y por tanto de la producción de un desarraigo. Mientras que la *desposesión* implica "un fenómeno objetivamente inquietante" caracterizado por "la creciente pérdida de control sobre un devenir histórico que, a causa de la globalización de la competencia capitalista, se nos escapa cada día más", se trata de una condición del sujeto en la cual se encuentra despojado de la posibilidad de darle un cursor a su existencia y de tener una influencia real sobre el devenir del mundo, luego de que el liberalismo indujo la creencia en la posibilidad de una libertad entendida como responsabilidad absoluta de sus propios actos.

Tal incertidumbre por el devenir incrementa el monto de angustia del sujeto, lo cual declina en una serie de miedos que no dejan de expresar una imposibilidad de resolución, no obstante se enmascaren con tintes de prudencia y sabiduría. Esta imposibilidad se traduce además en un debilitamiento del Estado y una "crisis sin precedentes del principio de representación", donde encontramos que –aclara Ferry– lo que nos preocupa actualmente "no es tanto la deshonestidad de los dirigentes como su impotencia ante los problemas que nos inquietan".

Con la *sacralización* el autor describe un acrecentamiento de los valores propios de la intimidad a partir de lo que define como "trascendencia horizontal",

resultado de una especie de “humanización de lo divino”, que aparece luego de un fracaso de “las entidades «grandiosas» (Dios, República, la Patria, La Revolución, etc.)...”, luego de lo cual la gente se vuelca hacia lo inmediato o lo que le queda: la familia, y hacia “algo de humanitarismo y de ecología”.

Es interesante subrayar aquí que lo que Bleichmar (2007), acota como un rasgo de una desubjetivación, a saber, la pérdida de un horizonte de futuro y la inscripción del sujeto en la inmediatez, en este proceso que dibuja Ferry lo veremos aparecer como un producto de un siglo de deconstrucción. En este caso su tesis fuerte es la siguiente: “la «genealogía» nietzscheana es la filosofía que aniquila literalmente por primera vez el concepto de ideal en sí, preparando de esta manera los espíritus, sin ser consciente de ello, para la aceptación de las consecuencias intelectuales y morales de la globalización”. De acuerdo con ello la deconstrucción nietzscheana “hace volar en pedazos la doble ilusión del sentido y de la trascendencia”, siendo que en términos específicos de una inscripción de la temporalidad de la existencia implica la negación del nihilismo fundado en una estructura metafísico-religiosa:

“(...) éste es... el nihilismo que habrá que negar si lo que se pretende ... es encontrar finalmente lo real, lamentándose un poco menos, esperar menos para llegar a amarlo tal como es –lo que Nietzsche denominaba *l’amor fati* (o también la «inocencia del devenir»)–, el amor al presente tal como se nos ofrece. En este punto, Nietzsche recuperó algunas ideas de saberes antiguos como el estoicismo o el budismo; según estos la nostalgia del pasado y la esperanza de un futuro mejor nos alejan de la auténtica sabiduría, que consiste en saber reconciliarse, en la medida de lo posible, con lo que hay, y en vivir con la única dimensión real del tiempo, es decir, el presente –puesto que el pasado (que ya no es) y el futuro (que aún no es) son solo formas que adopta la nada– (Ferry, 2008, p. 40).

Lo curioso es notar que esta relación a la inmediatez como una temporalidad que inscribe un vivir en el día a día sin horizonte de futuro, Bleichmar (2007), lo descubre como resultado de un replegué subjetivo luego del genocidio vivido en la Argentina, es decir bajo el enfrentamiento a lo real de la represión y la extinción

sistemática de los opositores al gobierno totalitario, escenario en donde si no se muere el ideal se mata al cuerpo que le da soporte. Cuestión que nos haría pensar que no hablamos de la misma relación al presente, o que incluso una adscripción *incondicional* al presente también puede ser considerada como una de las expresiones del peligro de extravío –que nos advirtiera Nietzsche como consecuencia de la “muerte de Dios”–, y por tanto la caída del sujeto en la lógica del “sí del burro” descrito en su “... *Zaratustra*”. Tales giros del sentido entre lo querido y lo producido, entre lo alto y lo bajo, también son advertido por Ferry (2008) cuando nos advierte incluso con cursivas:

“En el contexto de un debate sobre el futuro de la política moderna, lo que me interesa resaltar es que la crítica nietzscheana a los ídolos y al nihilismo contribuyó –lo quisiera él o no, e incluso aunque no fuera en absoluto su intención– *a convertir la deconstrucción en una grandiosa e irremplazable superestructura de la globalización y del cinismo que esta conlleva. Porque su rechazo del nihilismo entendido en su sentido más noble y filosófico, permite más que ninguna otra cosa la legitimación del nihilismo en su sentido más vulgar*” (Ferry, 2008, p.41).

Concluyamos entonces sobre este punto, haciendo notar de manera rápida, que una relación inmanentista/inmediatista al presente puede ser resultado de dos operaciones completamente opuestas *l'amor fati* / desubjetivación, donde la primera supone un posicionamiento temporal del sujeto bajo el imperativo “*así lo quise y así lo querré*”, mientras que el otro parece suponer un repliegue subjetivo a modo de evasión y olvido de sí.

Por su parte, la “desposesión” ubica en primera instancia la globalización como “ese «proceso sin sujeto» que ningún gobierno mundial es capaz de controlar, en donde convergen tres fenómenos más particulares, en primer lugar un cambio de estatuto de la ciencia antes ligada al progreso del ideal democrático como garante del control sobre la naturaleza y por tanto dispensadora de confort y felicidad, ahora es percibida como una amenaza pues sus resultados rebasan todo criterio de buen uso, nos dice Ferry (2008): “nuestros conciudadanos consideran que es la investigación científica y no la naturaleza lo que engendra un peligro

mayor". Un segundo aspecto de esta "desposesión" supone, está dado por la globalización de la competencia que "ha cambiado radicalmente el sentido de la historia", es decir, "el avance de la sociedades se ha ido reduciendo a poco más que el resultado mecánico de la libre competencia entre sus miembros" donde el aumento de poder que los hombres ejercen sobre el mundo se ha convertido en "un proceso incontrolable y casi ciego", resultado de la necesidad del mundo empresarial de compararse con lo que hacen las demás (el escenario del benchmarking), de aumentar la productividad, desarrollar conocimientos y sus aplicaciones para usos industriales y la conversión de los sujetos en apetentes incontrolables que encuentran en el consumo una necesidad vital. Y, en tanto la globalización técnica "es un proceso que carece por completo de finalidad, que se halla desprovisto de cualquier tipo de objetivo definido", produce una condición:

"nadie sabe ya adónde nos conduce un rumbo mecánicamente regido por la competencia, y no dirigido por la voluntad consciente de los seres humanos reagrupados en torno a un proyecto, en el seno de una sociedad que todavía en el siglo pasado podía llamarse una república, *res pública*": etimológicamente, «asunto» o «causa común»".(Ferry, 2008, p. 55).

El repliegue del individuo hacia la intimidad sagrada, aparece como aspecto complementario de una globalización referible como «proceso sin sujeto», y efecto paradójico del gran movimiento de deconstrucción, así como de la institución de una sociedad del hiperconsumo y la incertidumbre del porvenir. Se trata de un proceso de una "divinización de lo humano" que va a dar lugar, "a través de la evolución de la familia moderna, a la idea de una trascendencia «horizontal», de una sacralidad en el corazón de la humanidad y no como antaño en entidades «verticales» superiores y externas a ella", lo que significa una inversión total del peso de las relaciones entre la política y la vida privada.

Ferry hace notar que la familia es el "único espacio social que en los dos últimos siglos ha ganado en profundidad, intensidad y riqueza", siendo ella la que ha garantizado una cohesión generacional y el espacio en donde "subsisten y se ahondan formas de solidaridad que en el resto de una sociedad dominada por

completo por los imperativos de la competitividad y la competencia parecen haber desaparecido del mapa”. La familia moderna ha emergido como esta instancia permanente y prometedora luego de una larga historia que la instituye el “matrimonio por amor” y “el amor a los hijos”, se trata de un proceso en que la puesta en escena de los sentimientos, de una parte el *romantic love* que consolida la unión de la pareja dado el reconocimiento del otro en su posibilidad de elegir y ser elegido y, de otra parte, el “sentimiento de la infancia” que lleva a valorar al hijo no sólo como mero perpetuador del linaje sino más allá como depositario del amor filial, donde este incremento en el monto del afecto en el ámbito de las relaciones personales, Ferry lo percibe como producto del “tránsito de una sociedad holística y jerarquizada a una sociedad individualista e igualitaria”.

De ese modo para Ferry la familia en tanto que producto diferenciado de la sacralización de la privacidad, aparece también como eje de la posibilidad de una respuesta a la problemática que nos aqueja, en tanto que portadora en germen de un humanismo inmanentista y perpetuadora de valores. Se trata de una recuperación del espacio público para “afrontar las inclemencias de este «habitat» tan particular”, rebasando el puro pragmatismo y encontrando apoyo en valores fuertes y compartidos, para la fundación de “un proyecto claro y coherente, por no decir de un objetivo común”, a lo que concluye: “y hoy en día no se me ocurre otro que el poner la política, incluyendo sus aspectos más técnicos y aparentemente más alejados de lo cotidiano, al servicio de las familias”.

Pero este optimismo de Ferry o confianza en que la familia otorgue un soporte bajo el presupuesto de que históricamente se ha consolidado y de que al parecer todo mundo se encuentra en su lugar, esto es, asumiendo las funciones para las que ha sido convocado, parece no ser del todo sostenible si consideramos la evidencia aportada por diversos autores (Acuña, 1997; Hassan, 1998; Czermak, 2003; Bustamante, 2008; Laurent, 2009) relativa al trastocamiento de los vínculos familiares y figuras parentales. No se trata en este punto de un mero afán de seguir deconstruyendo *ad libitum* y caer en una especie de renuncia a toda posibilidad de salir de la condición actual así descrita, pero si resulta conveniente hacer un examen más exhaustivo de lo que nos ocurre, a

partir de lo cual podemos notar que la familia también acusa síntoma y muestra, como advertíamos, una serie de cambios en los posicionamientos de sus agentes, lo cual bosquejaremos rápidamente a modo de un punteo general, siguiendo en ello a los autores arriba listados:

- La revolución tecnológica de última generación ofrece infinidad de gadgets para ofrecer renovados modos de gozar. Incluso cada vez más próximos a la realización de una sexualidad virtual, pero, además, cada vez más cerca del autoerotismo.

- Czermac (2003) precisa que “Hay una constatación clínica: si históricamente las neurosis como le aparecieron a Freud estaban basadas en fenómenos de represión, donde la ley común era el rechazo, hubo una mudanza en amplios estratos de las poblaciones, cuya articulación psicológica está menos basada en el rechazo, y con una exigencia inversa: de un goce total”.

- La instalación del sueño de que, gracias a la ciencia, podríamos modificar los límites de lo real, produce un doble efecto: a). aparece como el modo de luchar contra lo imposible, b) incidencia sobre los discursos: si puedo escoger mi sexo gracias a la ciencia, se modifica el discurso.

- Asistimos a la instalación de un tipo de “paridad subjetiva” que vendría a desespecificar los lugares de cada uno: sin diferencias entonces entre padres e hijos, que serían iguales.

- Encontramos un tipo de desespecificación de los discursos (en sentido lacaniano), como un discurso muy curioso que valdría para todos, y que vendría a liquidar el problema de la división subjetiva para cada uno, en la medida que tendría que aparecer siempre sin división.

- Lacan decía que para el neurótico la dificultad es el Otro, para el perverso es el falo y para el psicótico el cuerpo. Vemos que para el sujeto éste estar en dificultades por el Otro, puede invertirse, permutarse, son iguales, entonces el Otro produce cada vez menos problemas.

- En el ámbito de la clínica se observa fenómenos recurrentes: a) los adolescentes rechazando toda transferencia, b) la delincuencia mucho más

frecuente en los adolescentes, c) el aumento de las toxicomanías como manera de escapar al problema del sexo

- Los puntos de parada están poco a poco desapareciendo, el sujeto que no encuentra sus propios límites, en cuyas referencias veladas el falo desaparece, ya que son sujetos que aparentemente son cada vez más libres, es decir que ya no están encuadrados por el significante, entonces pueden aparecer como bandidos o locos

- En la medida en que uno está con sus propios hijos como si fuesen hermanos, simétricos, y que si llega a tener problemas su hijo va a ver al juez: “mi padre no ha respetado el contrato” y por tanto lo viene a denunciar.

- Se trataría de una sociedad fraterna, pseudo-fraterna, donde la dimensión del falo, por un lado, está eliminada y, por otro lado, el brillo fálico es más exigido: exigencia de un brillo fálico permanente en el momento mismo en que el falo está cada vez más obstruido

- La caída del padre es un signo de los tiempos, “es como si se contase con un programa que empleó un acelerador de partículas para desintegrar la función paterna hasta pulverizarla”.

CONCLUSIÓN

Como hemos tratado de mostrar, la serie de desplazamientos en el estatuto del sujeto que ha acarreado la “mundialización”, la competitividad y competencia empresarial sin tregua, el consumismo como forma de goce incontrolable, y el discurso neoliberal, ha inspirado importantes lecturas desde los distintos espacios del saber. Parece una tarea ineludible para quienes desde el psicoanálisis o incluso desde otras aproximaciones, requerimos determinar la condición del “particular de base” en un ámbito clínico y educacional, poder asomarnos a esos campos así deslindados o resignificados, de modo que nuestra intervención no reproduzca tentativas de trascendencia o formas de nihilismo, así como la inscripción ya de un pesimismo u optimismo sin un fundamento claro.

La búsqueda, como condición de la investigación en el campo psicoanalítico, de una respuesta actualizada para esclarecer el estatuto del sujeto desde distintos

escenarios discursivos, resulta una constante ya desde la propia tradición freudiana y sin duda para la praxis lacaniana, aquí se pretende continuar con esa tarea y en la medida de lo posible promover dicha búsqueda en ese campo inagotable que preferimos describir al modo foucaultiano como: “modos de subjetivación”. Esta búsqueda además se funda en la imposibilidad de agotar los “distintos rostros del sujeto” dentro de un concepto único (García Ruíz, 2007), y, por tanto, se aleja de la tentativa cuestionada por Heidegger de “hacer de la subjetividad del sujeto el fundamento del mundo”, o dicho de otra forma: las coordenadas en las que a cada momento se inscribe y rescribe nuestro trayecto subjetivante implican retos y riesgos que otorgan un *para qué* al trabajo analítico y conceptual, más allá del reciclamiento de una tradición o de la pura determinación dogmática, a modo de un necesario compromiso con el devenir de la existencia humana.

Se accede de ese modo a considerar como ineludible la tarea inaugurada por Bleichmar (2007), de comprometer el análisis para determinar incluso el peligro de un escenario de desubjetivación, y por tanto, en posteriores trabajos, a debatir la posibilidad de una salida a esa problemática bajo la instauración –como ella promoviera valiente y agudamente– de una propuesta ética, lo que ya desde aquí podemos entrever, supone una tarea muy basta y compleja.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acuña, E. (1997). Un padre generalizado. **Acheronta. Revista de Psicoanálisis y Cultura**, 5, 101-105. Recuperado de:
www.acheronta.org/sumarios/acheronta5.pdf
- Bleichmar, S. (2007). **Dolor País y después...** Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Bustamante, G. (2008). **El niño en la educación, hoy**. Debates de la Nueva Escuela Lacaniana, Recuperado de:
www.nel-amp.org/the_wannabe_08/tw/05/tw05_bib.htm
- Czermac (2003). Algunos comentarios sobre los efectos de la ciencia en nuestro cotidiano. Association Lacanienne Internationale A.L.I. Recuperado de:
www.freud-lacan.com/Champs_specialises/.../Espagnol-Francia

- Delgado, M.C. (2013). El criterio amigo-enemigo en Carl Schmitt. **Cuadernos de Materiales**, **14**. Recuperado de: <http://www.filosofia.net/materiales/num/num14/n14d.htm>
- Derrida, J. (1998). **Políticas de la amistad**. Madrid: Trotta.
- Ferry, L. (2008). **Familia y Amor. Un alegato a favor de la vida privada**. México: Taurus.
- Fuentes, A. (1996). Entrevista a Eric Laurent. **Papeles del Psicólogo**, 66, Noviembre de 1996. Recuperado de: www.papelesdelpsicologo.es/vernumero.asp?id=738
- García Ruíz, P.E. (2007). **Humanismo y subjetividad. Heidegger y desfondamiento ontológico de la ética**. Recuperado de: [www.journals.unam.mx/Inicio/Vol1\(2007\)/García Ruíz](http://www.journals.unam.mx/Inicio/Vol1(2007)/García%20Ruiz)
- Hassan, S.E. (1998). Los Gadgets. **Acheronta Revista de Psicoanálisis y Cultura**, 7. Recuperado de: www.acheronta.org/staff/hassan.htm
- Heidegger, M. (2003). La época de la imagen del mundo (1938). En: **Caminos del Bosque**. Madrid: Alianza.
- Laurent, E. (2009). Mesa redonda: El Lazo y el Síntoma. **Virtualiam VIII**, 19. Recuperado de: www.virtualia.eol.org.ar/019/template.asp?dossier/aleman.html
- Laurent, E. (2003). Sobre las funciones del padre y de la madre. Instituto del Campo Freudiano. NODUS, **Revista Virtual de la Sección Clínica de Barcelona**, octubre de 2003. Recuperado de: www.scb-icf.net/nodus/contingut/article.php?art=158&pub...
- Morales, C. (2010). **¿Hacia dónde vamos? Silencios de la vida amenazada**. México: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1996). **Sí mismo como otro**. México: Siglo XXI.
- Zizek, S. (2001). **El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política**. Buenos Aires: Paidós SAICF.